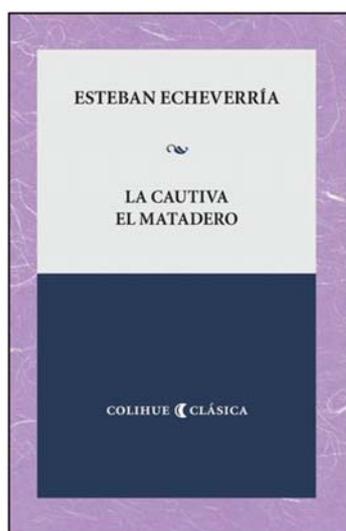


SOBRE *LA CAUTIVA. EL MATADERO*, DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

Leandro Simari
Conicet
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de San Martín
simarileandro@gmail.com



∞

La cautiva. El matadero, de Esteban Echeverría. Introducción y notas de Alejandro Romagnoli; Buenos Aires: Colihue, 2023; 384 pp.; ISBN 978-950-563-107-0.

En la introducción a la edición de “La cautiva” y “El matadero” publicada por la colección Colihue Clásica, Alejandro Romagnoli examina el lazo estrecho que une a los dos grandes textos de Esteban Echeverría e intenta condensar parte de su singularidad a través de las categorías de “clásico doble” y “dupla editorial” (Romagnoli, 2023: VII). En cierta medida, lo que la primera de esas denominaciones pretende designar puede pensarse como un efecto colateral derivado de los fenómenos resumidos por la segunda. Es decir, el hecho de que “La cautiva” y “El matadero”,



además de ser en sí mismos identificados como clásicos de la literatura argentina –en prácticamente cualquiera de las acepciones aplicables al concepto–, sean también susceptibles de recibir la misma etiqueta cuando se los toma por una unidad ya indisoluble es una herencia legada por décadas permanentes de ediciones compartidas, desde 1946 hasta la fecha. Encontrar un volumen que contenga “El matadero” sin “La cautiva”, o viceversa, es hoy tan peculiar como hallar bajo el título de *El gaucho Martín Fierro* únicamente el poema publicado por José Hernández en 1872, sin su *Vuelta*. No obstante, en este último caso, la *dupla editorial* encuentra sus bases en un principio de completitud interno a la ficción, orientado a ofrecer a los lectores *la historia completa* de Fierro, con las consabidas recurrencias y transfiguraciones en el carácter y destino del personaje, y a reunir dos partes de un todo, más allá de los matices estéticos e ideológicos entre cada una de ellas, que la crítica especializada se ocupó de subrayar. En cambio, en el caso de los textos echeverrianos, la persistencia de su ensamblaje excede el cálculo de su autor (cabría decir, incluso, que lo desafía, teniendo en cuenta la manera en que “El matadero” vio la luz) y acaba por componer otro tipo de narrativa, por acentuar otro tipo de recurrencias y transfiguraciones, no ya visibles en el interior de los textos, sino, por el contrario, en la trayectoria de Echeverría y su obra. La ininterrumpida publicación a la par propició y propicia, en efecto, una perspectiva que abarca “La cautiva” y “El matadero” en paralelo, para contemplar continuidades y contrastes en términos estéticos, históricos, políticos y de políticas de la literatura. Con ajustes y variantes, incontables prólogos, introducciones y estudios preliminares multiplicaron versiones de la historia en dos actos de la consagración de Echeverría, del papel fundacional –inmediato o diferido– que desempeñó en el desarrollo vernáculo de distintas tradiciones y géneros, de la consolidación temprana de una figura autoral que luego se trastocaría *post mortem*, de los modos en que concibió y ejerció el cruce entre literatura y realidad, entre la práctica del escritor y las luchas políticas de su tiempo; de las formas en que quiso (y no quiso) ser leído y de los límites que intentó demarcar –con éxito dispar– para definir su obra. En su labor al frente de esta nueva edición, Romagnoli actualiza, amplifica y excede el acercamiento a los aspectos antes mencionados para corroborar otra de las afirmaciones fuertes con que inaugura el volumen: “‘La cautiva’ y ‘El matadero’, títulos que aparecen uno junto al otro en sucesivas ediciones y programas de estudio; vienen a resumir la obra de un autor, a explicar cierta zona de la literatura argentina del siglo XIX, a marcar la del XX, a interpelarnos aún” (Romagnoli, 2023: VII).

En el ensayo introductorio, Romagnoli repasa tópicos ineludibles de la crítica sobre Echeverría: el del iniciador del romanticismo en el Río de la Plata, el del líder generacional, el del Poeta-Pensador, el del emblema de los exiliados del rosismo, el del precursor diferido del realismo, el naturalismo y la narrativa de ficción en sede local. A la vez, mientras reconstruye el rumbo editorial –independiente y conjunto– de “La cautiva” y “El matadero”, recupera inflexiones tempranas de su recepción, algunas de las cuales han sido escasamente visitadas en los últimos años. Dentro de una bibliografía ciertamente profusa y despareja, las referencias a las que apela Romagnoli evidencian un recorte eficaz, que balancea el resumen de lecturas consagradas y frecuentemente citadas, casi una obligación para este tipo de ediciones, con una rigurosa tarea de exhumación de posicionamientos críticos más relegados, a través de los cuales resulta posible vislumbrar las formas en que Echeverría fue leído en épocas sucesivas (o, en otras palabras, vislumbrar el Echeverría que cada época privilegió). Aunque previsible, la organización de ese repaso en bloques temporales (“Las primeras ediciones. El papel de Juan María Gutiérrez”, “Echeverría en las últimas décadas del siglo XIX”, “‘La cautiva’ y ‘El matadero’ en los siglos XX y

XXI”) no sólo contribuye a estructurar la exposición y facilitar el ordenamiento cronológico de las sucesivas lecturas mencionadas, sino también a identificar con mayor nitidez los puntos de giro que en ese derrotero trastocaron los lugares ocupados por cada texto echeverriano en relación con los lectores, la crítica, la tradición, la literatura argentina en distintas coordenadas históricas.

Si la conformación de ese conjunto ya supone un aporte valioso, Romagnoli suma otros dos, de naturaleza distinta. En primer lugar, atisbos de su propia mirada analítica, que se enfoca por igual en las fuentes y en la bibliografía crítica consultada, un área esta última en la que destaca como especialista. En segundo lugar, el comentario de un estudio que Paul Groussac dedicara a Echeverría en 1882, y que permaneció en su mayor parte inédito hasta que el mismo Romagnoli realizó una edición crítico-genética en 2018. Mordaz y parcialmente reprobatorio, el acercamiento de Groussac se caracterizaría, según Romagnoli, sobre todo por retomar y discutir las operaciones realizadas en torno a la obra de Echeverría por su biógrafo y editor, Juan María Gutiérrez. De esta manera, Romagnoli lee a Echeverría y a quienes leyeron a Echeverría, desde el XIX hasta el presente, y lo hace alternando dos focos de atención: uno más amplio, que permite situar los textos en debates generales, para repensar los modos en que se tocan con los grandes temas de la literatura de su siglo (civilización y barbarie, el desierto, el indio, Rosas, el cruce entre la historia, la política y la ficción); otro más recortado sobre los textos mismos, que se apega a sus aspectos formales y se ejemplifica en el cotejo entre la versión de “La cautiva” publicada en *Rimas* y las variantes manuscritas que tanteó el propio Echeverría, o en las anotaciones a “El matadero” que señalan discrepancias entre la edición de 1871 y la de 1874.

La tarea de investigación, análisis y recapitulación que Romagnoli exhibe en la introducción encuentra su complemento en la red de notas que enmarcan el volumen y, muy especialmente, en los apéndices que le dan cierre. A grandes rasgos, los materiales allí reunidos pueden dividirse en dos secciones: una primera, integrada por textos del propio Echeverría, y una segunda, en la que Echeverría no es autor, sino tema. Lejos de constituir un compendio aleatorio, la primera de esas secciones reúne textos que, en modos muy diversos, dialogan con “La cautiva”, con “El matadero” o con ambos. En este caso, la selección incluye una tabla comparativa con las variantes a “La cautiva”, la “Advertencia” a *Rimas*, “Apología del matambre” y sendos fragmentos de *Cartas a un amigo*, “Los cautivos” y el poema narrativo *Avellaneda*.

En cuanto a la segunda parte de los apéndices, Romagnoli explica las aspiraciones que guiaron su conformación: se trató de seleccionar fragmentos provenientes de “lectores o críticos, cuyas lecturas e intervenciones sobre estas dos obras han ido modificando la forma en que fueron –y son– leídas”. La heterogeneidad representativa de este apartado combina los nombres de Jorge Luis Borges y Leopoldo Lugones con los de Álvaro Yunque y David Viñas; recupera lecturas postergadas, como la de Ernesto Morales, junto a otras ciertamente insoslayables, como las de Ricardo Rojas o Ricardo Piglia; apela a estudios críticos ya clásicos, como los de Noé Jitrik o Cristina Iglesia, al tiempo que remite a aproximaciones igual de fundamentales, pero más contemporáneas, como las de Martín Kohan, Fermín Rodríguez o Graciela Batticuore.

Puestos en perspectiva, los criterios aplicados en la configuración de los apéndices resultan representativos del principio que rige al volumen íntegro. Es decir, en ellos, como en las notas al pie o la introducción, el abordaje panorámico, el compendio erudito de datos y de citas conforman un marco propicio para que tanto lectores ocasionales como especializados se aproximen a las obras fundamentales de Echeverría, a la vez que se ofrecen como un punto de partida posible para nuevas reflexiones y reinterpretaciones que vengan a corroborar la pertinencia de seguir

pensándolas, discutiéndolas, interpelando su condición –individual y amalgamada– de clásico y consolidándola en nuevas ediciones en dupla.